

II CONCURSO DE RELATO BREVE “VILLA DE SABIOTE”

Juan Jesús Torrecillas Pérez (Granada)

LAS GOLONDRINAS

Aspiró, estaba a centímetros de la gloria o el fracaso. Estaba a pasos del éxito o la humillación. Estaba al borde de su sueño, en el filo de sus pesadillas. Tantos años de trabajo y sacrificio, luchando por lo que él más quería. Podía hacerlo lo mejor posible o quedarse a medio gas.

Sabía que podía, eran meses y meses los que había entrenado. Tenía pensado lo que iba a hacer al milímetro, cómo mover sus pies, cuándo y cómo respirar, la curvatura de su espalda, la articulación de sus tobillos. El gas le abrumaba la mente.

Literalmente, con este salto, llegaría más lejos que en toda su vida. Podría rozar el cielo y volar para siempre o derrapar en el suelo y arrastrar el remordimiento. Aunque nadie lo notaba, él estaba pendiente de todas las personas que le miraban, que sin decírselo verbalmente, le deseaban lo mejor. Todos sus conocidos sabían lo que significaba para él la competición de salto.

Sentía cómo sus gemelos, impacientes, no aguantaban para impulsar su despegue a la carrera como deportista de élite que, desde pequeño, tenía en mente.

Espiró. Una chispa hizo prender el gas que asfixiaba todo su cuerpo, dio una larga zancada, luego otra aún más contundente. Sus pies se movían ágilmente, la fuerza determinaba el recorrido de ellos.

Cayó. Sí, cayó. O al menos eso pudo deducir de la cara del público, que a cámara lenta dibujaba con su boca una gran “O”. Algunos se levantaban de las sillas, otros se tapaban la cara con las manos, pero todos le dejaban muy claro que había fracasado. Fracaso: una palabra que nunca había contemplado –pensó- y la cual había hecho de la caída un tortazo aún mayor con la realidad.

En el último momento, el pequeño ligamento, el deltoideo, uno de los tantos que hay en el tobillo, decidió romperse. Pero no solo se había roto un trocito de carne; se había roto una vida, se había roto un sueño, la ilusión, se había roto su propia utopía.

Había visualizado cómo volaría, cómo su cuerpo se confundiría con el sol, cómo sentiría una vez más que entre sus pies y la tierra solo había aire, que las golondrinas admirarían su vuelo.

Ahora, aturdido sentimentalmente, intentaba buscar una salida en aquel laberinto del que casi todas las puertas estaban cerradas. Él mismo las había cerrado pensando que no las necesitaba abiertas.

Estaba perdido, muy perdido: ¿Qué hacer cuando toda tu vida se ha desmoronado? Eran muchos los consejos que le daban, sin embargo ninguno servía.

Hay muchas combinaciones de palabras, la gente las estaba agotando con él, y pesar de eso ninguna era válida. Tras unos cuantos meses se dio cuenta que lo que necesitaba para sentirse mejor no eran palabras, ni abrazos, ni compasión, ni ánimos. Necesitaba un objetivo de vida, algo a lo que aferrarse y por lo que luchar de nuevo. Y poco a poco y con la cabeza cada vez más alta lo fue labrando.

Pasaron muchos años, ahora su carrera de deportista de élite no era más que un vano recuerdo, siempre se ha dicho que los malos recuerdos son borrados. Pensó que eso marcaría su vida, lo desgraciado que había sido. Pero en aquel entonces no podía imaginar que esa caída había sido solo un resbalón.

Había aprendido que la perfección no existe de igual manera para todos, que puede ser vista por otros en ti, pero que uno mismo casi nunca la ve.

Es el afán de superación y mejora lo que muchas veces nos hunde, nos atrapa con sus sueños ambiciosos para luego ahogarlos.

Sabía que, para la satisfacción propia, hay que luchar por lo que se quiere pero sabiendo qué es lo que verdaderamente se necesita. Y no es tan fácil.

Nunca se sabe qué nos depara el futuro, ni cómo afrontarlo: simplemente la inercia apoyada en la sabiduría nos lleva a actuar de una forma más o menos errónea.

Ahora prefería una nueva amistad a un mérito personal, lo veía más relevante.

Aspira, ahora conoce la gloria, olvidó el fracaso. Estuvo andando en el camino del éxito, ni se acordaba de la humillación. Una vez cumplidos sus sueños, enfiló sus pesadillas y las dejó marchar. Las golondrinas habían anidado.